





QUISE CREERTE



Leire Sádaba Márquez

# QUISE CREERTE



Primera edición: julio 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Leire Sádaba Márquez

ISBN: 978-84-19899-32-3

ISBN digital: 978-84-19899-33-0

Depósito legal: M-23276-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Marina, mi luz y mi gran referente. Gracias por dármele todo.  
A Mikel, por ser mi otra mitad y no dejarme caer nunca.  
Y a ti, papá, por enseñarme el poder de la mente.*

*A las mujeres que ya no tienen voz.  
A las supervivientes de hoy.  
A las valientes del mañana.*



# 1

—¡Está muerta, Manuel! No puedes hacer nada. Ven, déjalo ya. No lograba entenderlo. Ni siquiera me salían las lágrimas que debían protagonizar el momento más duro de mi vida. Allí, en medio del desastre más absoluto, el que más lloraba era mi corazón.

Me hablaban, aunque los oía lejanos, como si fueran los susurros de una pesadilla que intentaba atrapar mi mente. Recitaban sin cesar la típica retahíla de palabras predeterminadas de consuelo, esas que nos introducen a todos en la cabeza para casos como este. Que si «Todo irá bien», «Estamos aquí para apoyarte», «No estás solo» y un largo etcétera de palabrería teñida de comprensión.

Y mientras mis oídos atendían los «Tranquilo, Manuel», «Nosotros nos ocupamos», «Ve con Daniela», mis ojos solo veían a Marta tendida en la cama. Decían que estaba muerta. Yo solo la veía dormida, como quien se encuentra en un profundo sueño y ni el mayor de los estruendos consigue despertarle. ¿Era verdad? ¿Jamás volvería a abrir los ojos? Después de veinticinco años sigo haciéndome las mismas preguntas, grabadas a fuego y tristeza aquel tres de octubre.

—Manuel, ven, vamos a sentarnos.

Hasta entonces no me había percatado de que Jon, mi compañero de la Foral y amigo, me llevaba poco a poco fuera de la habitación y de mi Marta. Habían sido rápidos ante mi llamada, y hasta allí se había desplazado casi toda mi comisaría. Compañeros de la brigada criminal, forenses y policías de campo que habían acudido al aviso que lo cambió todo para mí.

\*\*\*

—Emergencias, ¿dígame?

—¡Por favor, ayúdeme! Mi mujer... no se despierta. ¡Por favor!

—Tranquilícese, señor. ¿Cómo se llama?

—Ma-Manuel. Soy policía foral de la comisaría cerca de la Cuesta Beloso. Por favor, necesito una ambulancia. Vengan ya, ¡no sé qué le pasa!

—Muy bien, Manuel, no se preocupe. Los médicos van ya de camino.

—¡Corran, por Dios!

\*\*\*

No tardaron. Creedme que no. Pero a mí se me hicieron los minutos eternos. Primero llegó la ambulancia con tres médicos del SAMU que, al ver a Marta y los dos botes de pastillas vacíos a su lado, fueron directos a reanimarla. Yo me sentía paralizado, anclado a un suelo que hasta entonces había sostenido los recuerdos más bonitos de mi vida. Como aquel primer día de septiembre en el que Daniela se puso en pie y, como si tal cosa, dio sus primeros pasos hacia mí. O como esas noches de verano en las que contábamos estrellas imaginarias para hacerla dormir. Y es que con ella contar ovejitas nunca servía de nada. Mi Daniela, siempre tan suya, tan diferente, tan especial. Ahora, ese suelo que tantas alegrías nos había dado era mi único amarre ante el acantilado por el que me desmoronaba y se precipitaba mi vida sin remedio. ¿Qué coño iba a hacer yo sin ella?

No había nada que hacer. Yo solo les pedía a los médicos —les exigía, más bien— que no pararan, que intentasen reanimarla una vez más. Necesitaba tiempo. Tiempo para comprender, para tomar aire, para asimilar que la vida me había dado un revés a mitad de camino y se burlaba de mí por haber sido tan ingenuo. «No te merecías tanta felicidad, Manuel, nada dura, nadie es para siempre». Empecé a ver borroso y a sentir un cúmulo de rabia y de culpa que

me subía por la garganta. Corrí a encerrarme en el baño el tiempo suficiente como para vomitar todo lo que me estaba atormentando hasta no tener nada más que bilis y tristeza en el cuerpo.

Cuando salí del baño fui realmente consciente del barullo y el frenesí que se vivía en mi dormitorio. Caras conocidas cruzándose, cogiendo pruebas de la colcha de la cama, de los malditos botes de pastillas que habían destruido todo lo que tenía. Y yo solo quería cubrir a Marta con mis brazos, que nadie la tocara ni perturbara su descanso, ahora eterno.

La habitación se notaba más pequeña de lo habitual; al menos una decena de personas se arremolinaban alrededor de nuestra cama —más bien, de mi cama, puesto que no existía ya ningún nosotros—. La colcha de flores plateadas y blancas donde reposaba el cuerpo sin vida de mi mujer seguía impoluta, como recién puesta. Varios policías no paraban de sacar fotografías y observar milimétricamente la superficie aterciopelada de la cama, en su afán por encontrar indicios que los llevaran a conocer lo ocurrido. Los forenses, por su parte, cuchicheaban por los rincones de la habitación como las viejas y curiosos actúan ante la desgracia ajena. Y yo, parado en mitad del gentío, me quería morir.

Y llegó el momento de llevarse a Marta a la morgue. Allí seguía, con el rostro lleno de serenidad. ¿Por qué? ¿Por qué lo habría hecho? Mi cabeza entró en un bucle infinito donde las respuestas a mis propias preguntas solo conseguían aturdirme más. Había superado la depresión que tanto la había hundido meses atrás. ¡Claro que la había superado! Viví su recuperación día a día y cómo el brillo de sus ojos color miel volvían a recuperar la viveza de antaño.

—Otro día superado, Manuel —me decía cada noche antes de quedarse dormida. Luego, proseguía relatando cómo se encontraba, encontrando esa paz consigo misma que tanto ansiaba alcanzar—. Otro día más sintiéndome más fuerte, más yo. ¿Te acuerdas de cómo era cuando nos conocimos, Manuel? No había mujer más enérgica que yo. Siempre de un lado para el otro, no podía estarme quieta. ¿Lo recuerdas? Así te enamoraste de mí.

Esas palabras siempre me reconfortaron. Nunca pensé que unas frases pudieran aliviar tanto mi alma. Pero así era. Me dormía rezando por que llegase pronto el día en el que toda la pesadilla acabara. Pero el destino quiso que aún quedara por vivir lo peor.

Marta ya salía a la calle, se relacionaba con amigas —no con las de su cuadrilla de toda la vida, las cuales había ido perdiendo por dejadez y por el miedo a salir de casa que se implantó en ella durante su enfermedad. Su compañía no era otra que sus antiguas compañeras del hospital, todas enfermeras, como ella fue antaño—.

Poco a poco, la rutina y sus ganas de salir del hoyo en el que andaba metida alejaron sus fantasmas. La sentía más cerca, más alegre. Quizás decir que había vuelto a ser ella era decir mucho, pero cada vez se parecía más a la Marta de la que me enamoré con veinte años; aquella Marta que se acercó a mí en un bar riéndose de mi manera de ligar, la que me ofreció entre risa y risa un curso exprés de cómo enamorar a una *pamplonica* y que, sin darse cuenta, acabó loca por mí. Y yo por ella.

\*\*\*

Esos primeros días los recuerdo confusos. Mi casa se convirtió en un tránsito constante de pésames, lo siento y desfiles de comida organizada en táperes con la que mis compañeros de la policía y sus mujeres me obsequiaban en cada visita; era la única forma que tenían de aparecer en casa con una excusa que les permitiera entrar al pequeño piso de San Juan y comprobar que seguía cuerdo.

Yo les dejaba entrar, aunque tuviera ganas de echar el pestillo de la casa y encerrarme durante semanas sin mayor molestia que las vecinas poniéndose al día a voz en grito por el patio. Pero sabía que tener a los míos cerca me haría menos dolorosa la nueva rutina a la que tardaría años en acostumbrarme. Solo los tenía a ellos: mis compañeros de la Policía Foral de Pamplona que se habían ganado años atrás el puesto de amigos incondicionales.

No tenía más familia a la que aferrarme. Huérfano desde los veinte años e hijo único, Marta y mi niña eran mis dos únicas personas en el mundo. Mi mujer, por desgracia, también perdió a su padre muy joven, y su madre le siguió años más tarde, de pena, según lo que ella misma contaba cuando llegaban fechas señaladas que la hacían recordar. A ella, al contrario que a mí, aún le quedaba una hermana, Aitana, pero hacía varios años que no se hablaba con ella. Unidas como estaban desde pequeñas, una disputa las había acabado por separar.

No fue hasta ese momento en el que recordé que no tenía a nadie más cuando caí por primera vez en que ahora tenía que criar a mi niña yo solo. Daniela. No había pensado en ella, ni me había dado cuenta de su presencia aquellos primeros días sin Marta. Pero allí estaba. Daniela no se había apartado de mí. Me seguía adonde yo iba callada, sin molestarme, como si su pequeña cabecita de ocho años hubiera entendido que su padre necesitaba tiempo para asimilarlo todo.

¿Cómo podía haberme olvidado de ella? Ahora solo me tenía a mí, y yo había sido tan egoísta de preocuparme solo de mis sentimientos y mi dolor cuando ella también había perdido a su madre. Yo, que tenía cuarenta y cinco años y toda una vida hecha y bien vivida, me había metido tanto en mi propia pena que no me había dado cuenta de que Daniela era tan solo una niña. O quizás no tan niña como creía, puesto que esa primera semana prácticamente se cuidó sola y cuidó de mí como pudo.

Y es que perder a una madre tan pequeña te obliga a madurar para sobrevivir. Pocos recuerdos tengo de su reacción y de cómo lo vivió ella. Si me preguntaran ahora, veinticinco años después de la muerte de Marta, no sabría qué responder. Vagamente me vienen a la memoria unos cuantos *flashes* de aquellos días. Recuerdo su cara de porcelana, seria y confusa, al recibir de mí la noticia de la muerte de su madre. Mis compañeros no querían que entrara en casa por el trauma que supondría para ella ver su hogar idealizado convertido en el lugar donde su madre se había quitado la

vida. Por nada del mundo hubiera dejado que la viera tendida en la cama, muerta. Por eso, entre todos decidimos que lo mejor era que Jon, al que Daniela consideraba como su tío, la fuera a recoger al colegio y la entretuviera en los columpios de debajo de casa hasta que yo pudiera bajar a darle la peor noticia de su vida. No se inmutó. Se quedó mirándome con esos ojos de niña grande que la acompañaron desde aquel día y solo acertó a decir: «¿Se ha ido sin despedirse de mí?».

Esa pregunta me hizo trizas. ¿Qué se le decía a una hija cuando su madre se había suicidado? No había nadie a quien culpar, no había sido un trágico accidente, no existía razón aparente para lo que había sucedido. Marta había decidido acabar con su vida a pesar de tener una hija y un marido. Y ahora esa misma hija necesitaba una explicación que sus ocho años pudieran comprender.

—Mamá estaba muy triste, Daniela. Ni siquiera los médicos pudieron curarle la tristeza. Necesitaba encontrar su propia paz y por eso se ha marchado a buscarla.

—Yo la ponía triste, ¿verdad? Siempre me lo repetía cuando se me olvidaba hacer la cama.

—No, cariño. Tú no la ponías triste. La tristeza, a veces, se te mete en el cuerpo como el frío cuando nieva, ¿sabes? Y no se puede sacar. Tú no tienes la culpa, Daniela. Nadie la tiene.

## 2

Otra noche sin dormir por culpa de la mierda de las pesadillas. ¿Es que no van a parar nunca? Empezar el día —y más siendo lunes— habiendo dormido solo dos horas me crispaba.

De nuevo, ese sueño tan real. Tanto que más que un sueño era un recuerdo que no se iba de mi cabeza. Mi padre mirándome desde arriba con esa cara desencajada, tartamudeando y mirando a mi tío Jon sin saber cómo decirme que mi madre había muerto. Acto seguido la imagen del sueño cambiaba y solo veía a mi madre tumbada en la cama, sin moverse, con la piel de un color blanco azulado y su voz de ultratumba repitiendo sin cesar: «Tú tienes la culpa».

¿Cómo era posible que mi cabeza me taladrara cada noche con una imagen que ni siquiera habían visto mis ojos? Era algo que me perturbaba desde el primer día que entré en la consulta de la doctora Jiménez. Aquel fatídico día yo no vi el cuerpo sin vida de mi madre. Pero mi maldita imaginación se impuso para torturarme día tras día con una visión más terrorífica de lo que seguro fue en realidad.

La doctora Jiménez —mi psicóloga, por si no quedaba claro que mis pesadillas eran una de las mil y una cosas que estaban mal en mi interior— me repetía constantemente que la culpa que yo sentía desde los ocho años se había materializado en imágenes para hacer más real lo que ocurrió. Y que la única que podía conseguir esfumar todo aquello era yo.

Qué gracia —solía pensar en mis días de mal humor—, para decir eso no hace falta ser psicóloga ni estudiar durante seis o sie-

te años una carrera para pasarte el día con gente perturbada. Me tocaba la moral escuchar a Mar decir sandeces durante una hora de sesión para irme a casa igual de rota que siempre. Para eso me podía haber quedado en casa, con Max ronroneando a mi lado en el sofá. «Mierda, Dani, qué injusta e idiota eres cuando quieres».

Ya eran las 07:50. Me había pasado los últimos veinte minutos acumulando rabia y mala hostia. Justo lo que no debía hacer si quería tener un día más o menos tranquilo en el trabajo. Decidí que quería empezar la semana con un poco de alegría, así que me dirigí a la ducha para lavar y eliminar por el desagüe mis malos pensamientos mañaneros.

\*\*\*

Salí de mi piso en la calle Olite en dirección a la oficina. Era un camino corto —tan solo cinco minutos andando a buen paso—, pero me daba tiempo a poner mis ideas en orden mientras disfrutaba de las vistas de la Plaza de Toros de Pamplona y respiraba el alboroto casi silencioso de la calle Estafeta a primera hora de la mañana: furgonetas y pequeños camiones suministrando las bebidas y materias primas a las decenas de bares de la zona, algún que otro madrugador entrado en años dando su paseo matinal y privilegiados que, como yo, trabajan en pleno Casco Viejo de la ciudad.

—¿Qué hay, Dani? —me sobresaltó, de lo absorta que andaba en mis pensamientos. Cómo no, era el pesado de Ander echándose el primer cigarro de la mañana apoyado contra la puerta del edificio que daba a nuestra oficina.

—En el trabajo llámame Daniela, ¿quieres? No sé cuántas veces tengo que repetírtelo —hice ademán de querer entrar, pero no se apartaba de la puerta.

—Pero si fuera del trabajo no nos vemos nunca —me sonrió con ilusión, como si le estuviera proponiendo al fin quedar a tomar unas cañas.

—Pues con más razón. No hay confianza.

—Mira que eres borde, hija.—por fin se apartó de mala gana para dejarme pasar.

La mayoría de los edificios del Casco Viejo conservaban los materiales originales con los que se construyeron. Una forma bonita de decir que las paredes eran de papel y no aislaban del frío ni del ruido, las escaleras y los suelos crujían con cada pisada y las vigas vistas rezumaban humedad aun en verano a 40 grados.

Este era el caso de nuestra oficina, ubicada en la famosa curva de Mercaderes de Pamplona que tantas caídas de toros y cornadas había presenciado a lo largo de los años. Pequeña, oscura y dividida en dos pisos por los que se accedía a través de una escalinata de peldaños poco firmes y nada fiables, podría haberse considerado un zulo de no ser por la cantidad de colorido y el diseño estampado de las paredes que le daba un toque moderno y vivo.

A mí, personalmente, me daba igual trabajar en un zulo putrefacto o en el mismísimo Palacio Real. Ese tipo de chorradas no me afectaban como al resto: tan mimados y quejicas que más parecía que se hubieran pasado sus nueve meses de gestación rodeados de seda y algodones que de placenta. Además, yo era informática. Me pasaba el día mirando a una pantalla de ordenador achinando los ojos para intentar atinar los millones de símbolos y códigos informáticos. Qué más me daba si el espacio era *mono* o no. Mientras tuviera enchufes en abundancia y una buena potencia que no hiciera saltar la luz cada vez que se conectasen varios aparatos electrónicos a la vez, yo contenta.

La realidad es que no era como el resto de la gente de mi alrededor. A la vista estaba que no tenía a nadie a quien pudiera considerar amigo. Tenía un carácter complicado. La doctora Jiménez decía que era porque había perdido a mi madre con muy corta edad. Nunca creí que tuviera razón. Nací así, con una personalidad que no caía bien a los que me rodeaban. Siempre enervada, me ofuscaba con facilidad y desconfiaba de todo aquel que se me acercaba. Nadie me inspiraba confianza. Había mucho imbécil suelto.

La excepción era mi padre. Él se salvaba. Pero es que no había nadie como él. De talante serio, pero con ese tipo de carisma que

atraía el cariño de cualquiera que lo conociera en el barrio. Qué orgullosa estaba de él. Después de todo lo que había tenido que pasar, de haber perdido a la mujer de su vida de una manera tan trágica y haberse quedado solo a mi cargo, había logrado tirar para adelante con la mejor de sus sonrisas. Él, al contrario que yo, no necesitó de psicólogos ni medicación. No podía evitar envidiar su fortaleza ni la entereza con la que sobrellevó todo.

—Todo está en la mente, Dani —solía decirme cuando veía que no tenía un buen día—. Claro que la procesión va por dentro, pero si te concentras muy muy fuerte, tú también eres capaz de resolver esto sola sin la ayuda de tu doctora. Empastillarse hasta no saber ni cómo te llamas no es la solución, créeme.

\*\*\*

Volví a centrarme en la pantalla del ordenador para dejar de raryarme con mis problemas. Bastante con el que tenía ahora delante. Un error en el *e-commerce* de la empresa que no conseguía resolver me llevaba por la calle de la amargura. Nada de lo que había probado daba resultado y, después de dos días sin parar y metiendo horas por un tubo, estaba empezando a perder la paciencia. ¡Malditas webs! Julen, mi jefe, estaba ya al borde del colapso. Dos días con la web parada significaban demasiadas pérdidas de dinero, algo que no paraba de repetirme como un lorito cinco o seis veces al día. Como si no lo supiese. No contento con eso, se plantaba detrás de mí resoplando cada dos minutos para ponerme aún más de los nervios.

Cómo me arrepentía de haberme hecho informática cuando pasaba algo como esto. En general, a los informáticos se nos veía como unos bichos raros —aunque yo lo era, para qué nos vamos a engañar—. Éramos el último mono de las empresas, a menudo resolviendo errores que cometían otros imbéciles por tocar lo que no debían. Y, ¿para qué? Si luego nadie era capaz de venir a agradecerlo. Como si los fallos se arreglaran por arte de magia. Seguro

que nada tenían que ver mis cinco años de Ingeniería Informática, los dos másteres en Desarrollo Web ni las decenas de cursos que me había comido en mis horas libres.

Aunque la realidad era que no me imaginaba siendo otra cosa. Y menos con mi forma de ser. Los entresijos informáticos me evadían de esa vida idílica que supuestamente tenía que vivir y que tan poco casaba conmigo. Cuando estaba frente a una pantalla de ordenador nada más importaba. No tenía que fingir ser sociable con mis compañeros de trabajo, ni meterme a desgana en las conversaciones del resto cuando me importaban una mierda. Así era, aunque no lo entendieran y me criticaran por ello. Llegaba a mi mesa, me ponía mis cascos y adiós al mundo que me rodeaba.

A última hora de la tarde me saltó una notificación en el móvil: «Recoger Citalopram». Mierda, otra vez se me había pasado ir a la farmacia a por las malditas pastillas. Y hoy me había tomado la última del bote. Así que a las seis en punto de la tarde me levanté de mi sitio, recogí mis cosas y, sin mediar palabra con los atónitos compañeros que me miraban al pasar como si fuera —que lo era— un bicho raro, me dirigí a mi farmacia de siempre para recoger los antidepresivos.

\*\*\*

—Lo siento, Daniela, no me queda ni un bote. Llevamos una semana sin recibir pedido de Citalopram.

—Amaia, no me jodas. Que las necesito.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me las saque de la chistera? —me vio la cara de «no estoy para bromas» y optó por cambiar de estrategia—. Mira, sabes que soy la única de por aquí que vende este tipo de antidepresivos. Pero igual en el psiquiátrico, el que queda a veinte minutos, te hacen el favor. Tengo una conocida en Enfermería. Si quieres llamo para preguntar a ver.

—Deja. Ya me acerco yo —Amaia me apuntó el nombre de la mujer y me fui con un escueto gracias.

El psiquiátrico. Ese lugar que había intentado evitar toda mi vida. Que me recordaba dónde podría acabar si mis problemas se me iban de las manos, como le ocurrió a mi madre. Ella pasó tiempo encerrada entre esas paredes de piedra, recuperándose de la depresión que luego la llevaría a la tumba. Y eso siempre me daba que pensar. ¿Tan complicado era recuperarse de una depresión? ¿Tan fácil podía ser que yo terminase como ella? Ver esa fachada de piedra ennegrecida por el paso del tiempo dando al lugar un aspecto mucho más tétrico y perturbador, con grandes ventanales provistos de rejas de hierro y donde se podía leer a duras penas Centro Psiquiátrico San Cristóbal me hacía temblar.

«Venga, Dani, échale huevos. Es entrar, coger las pastillas y volar de aquí. No tendrás que volver a pisar este sitio». Ni yo misma me creía mis propios ánimos. Pero no me quedaba otra. Subí los diez peldaños que conducían a la entrada y me dirigí al mostrador de admisión, de color blanco y también rejado, detrás del cual se adivinaba la silueta de una mujer rechoncha, con cara de aburrimiento y de pocos amigos. «¡Bien! Entre imbéciles nos entendemos mejor», pensé para no echarme atrás en el último instante.

—Buenos días —saqué el lado más amigable que pude, el que tenía reservado para situaciones de extrema necesidad—. Preguntaba por una enfermera que trabaja aquí, en el centro —miré el pósit amarillo que me había dado Amaia para no equivocarme con el nombre—. Raquel García.

La mujer, que seguía mirando sus papeles, levantó la cabeza lentamente hacia mí con gran indiferencia.

—¿Familiar?

—No. Vengo de parte de una conocida suya a por medicación.

—Esto no es una farmacia —me lo iba a poner difícil, estaba claro.

—No hubiera venido si no fuera importante. Necesito unos antidepresivos que no han llegado a la farmacia. Por favor.

—Mire, señorita, esto es un centro psiquiátrico, no una máquina expendedora para drogadictos.

—Déjala pasar, Rosa —por una de las puertas laterales del *hall* apareció una mujer joven, de unos cuarenta años, vestida con una bata blanca hasta las rodillas y con el pelo rubio platino recogido en un pasador—. Yo me ocupo.

La tal Rosa hizo además de replicarle, pero la mirada firme de la enfermera debió de parecerle suficientemente amenazadora, porque cerró la boca y siguió a lo suyo mirando de nuevo los papeles de su mesa.

—Eres Daniela, ¿verdad? —se dirigió a mí en un tono mucho más amable del que había recibido de la recepcionista—. Amaia me llamó esta tarde para avisarme de que vendrías. Pasa —me abrió la misma puerta por la que había entrado y me llevó hasta el final de un pasillo de techos altos donde tanto la pintura de las paredes, las baldosas del suelo y los marcos de las puertas eran blancos.

—Gracias por atenderme —le dije mientras entraba en una estancia más pequeña que supuse que sería su despacho—. Amaia me dijo que podrías ayudarme. Me he quedado sin Citalopram y no tengo donde comprarlo.

La mujer me escudriñó el rostro durante unos segundos, como si su mirada pudiera atravesar mi cabeza para averiguar si decía la verdad. Puse —o intenté poner— cara de inocencia. No me dio la sensación de hacerla muy bien, no era lo mío. Pero debió de funcionar porque Raquel se dirigió de nuevo a la puerta.

—Los medicamentos los guardamos en el piso de arriba. Ahora vuelvo.

El despacho era pequeño y viejo, pero olía a un sutil aroma floral. Las paredes estaban ocupadas por unas vitrinas de madera robusta repletas de libros, todos ellos cubiertos con una fina capa de polvo, señal de que estaban más por decoración que por utilidad. Además del escritorio, encima del cual solo había un ordenador, y de las dos butacas —una la estaba ocupando yo—, la estancia no albergaba nada más.

Pasados diez minutos desde que la enfermera había ido en busca de mis pastillas y después de haberme aprendido de memoria los títulos de las tres primeras hileras de libros, me fijé en que el ordenador estaba encendido y mostraba lo que supuse que sería la ficha de un paciente. Y el aburrimiento hizo el resto. No pude contenerme. Aunque sinceramente tampoco lo intenté. Nunca supe por qué se suicidó mi madre. Mi padre no paraba de decirme que su depresión la condenó. Pero ¿de dónde venía la depresión? ¿Cuál fue el detonante? Tenía la oportunidad de descubrir qué la llevó a dejarme sin su cariño el resto de mi vida. No sabía mucho de fichas médicas, pero de lo que sí sabía era de informática. Si había algún tipo de información sobre mi madre en el psiquiátrico, podría encontrarla sin problemas.

Ni me fijé en el nombre del paciente cuya ficha estaba abierta. Fui directa al buscador e introduje el nombre de mi madre: Marta Salas. Estaba preparada —o eso creía— para cualquier sorpresa que pudiera encontrarme. Lo que jamás me hubiera imaginado es no encontrar nada sobre ella. Mis ojos no daban crédito a lo que la pantalla me mostraba con esa honestidad brutal que contienen los mensajes predeterminados de los programas informáticos: «Cero coincidencias». Cero. Si los ordenadores no fueran mi herramienta de trabajo, seguro que aún seguiría con esperanzas pensando que tenía que ser un error. Pero no. Este tipo de programas no daban fallos en la base de datos. Había una posibilidad muy remota de que ocurriese. Y este no iba a ser el caso.

Oí pasos que se acercaban por el pasillo. Sin pensarlo cerré la pestaña con la ficha de pacientes —mierda, qué error de principiante, como se diera cuenta estaba perdida— y me volví a sentar en la butaca. La enfermera entró al despacho medio jadeante.

—Disculpa la espera. Me han entretenido con una urgencia de última hora y encima se ha roto el ascensor. Toma —sacó de su bolsillo de la bata un pequeño bote con unas cinco o seis pastillas y me lo tendió—. Con esto tienes para toda la semana. Suficiente mientras le llega el pedido a Amaia.

No podía quedarme ni un minuto más ahí. Tenía la cabeza aturdida por el inesperado descubrimiento. Metí el bote en el bolso y me levanté para dirigirme a la puerta.

—Gracias, me has hecho un *favorazo*. Espero no volver a molestarte.

No sé cómo salí de aquel lugar. Mis pies me llevaron inconscientemente hacia la salida mientras mi cabeza se revolvía pensando en lo que acababa de pasar. ¿Mi madre no había pisado el centro psiquiátrico? Estaba convencida de que era ese y no otro porque mi padre siempre me lo señalaba al pasar cerca con el coche.

—Mira, Dani, ahí empezó todo —decía con esa voz lastimera que tan poco me gustaba escucharle.

Ojalá hubiera intuido lo que vendría después para estar preparada.

\*\*\*

Tenía que ir a ver a mi padre. Ese pensamiento no había dejado de rondarme la cabeza desde que salí por la puerta del psiquiátrico. Habían pasado ya cuatro días desde entonces y, cada vez que tenía un momento de relax, el recuerdo de aquella realidad me perseguía, instándome a que actuara. ¿Por qué me preocupaba tanto? Iría a mi casa de la infancia a comer con mi padre como cualquier otro domingo y saldría la conversación de manera natural. «Oye, papá, el psiquiátrico en el que estuvo ingresada mamá era el San Cristóbal, ¿verdad?». Y él me recordaría que no, que era otro, que no entendía por qué siempre me confundía en lo mismo. Fin de la historia.

En mi cabeza la escena se reproducía fácilmente, sin imprevistos ni situaciones incómodas. Sabía que no sería así. ¿A quién quería engañar? Siempre había tenido una exquisita memoria visual —desde pequeña, cuando me aprendía palabra por palabra y coma por coma el temario que entraba para examen y así lo escribía luego. Cerraba los ojos y veía el texto que previamente me

había memorizado como si fuera una visión real, como si lo estuviera leyendo y no recordando—. Por eso, algo tan simbólico para mí como el lugar que tuvo tanto que ver con el posterior suicidio de mi madre no daba lugar a dudas ni confusiones. La pregunta que en las últimas noches me había producido insomnio era muy simple —y dolorosa a la vez—. ¿Me había mentido mi padre toda mi vida sobre algo tan importante? ¿Por qué? Confiaba en él —esto no lo cambiaba ni mucho menos—, alguna razón de peso tendría para haberme ocultado algo así durante veinticinco años. Pero esa duda era como una milimétrica astilla que se iba clavando en la piel poco a poco y cada vez más profundo, hasta que llegó un momento en el que ya era imposible no notar la punzada suave pero constante que producía.

Quizás hablarlo con la doctora Jiménez me ayudase a despejar las dudas y aclarar mis ideas. Hoy me tocaba el sermón semanal —así lo sentía, puesto que Mar era igual de profesional que pesada muchas veces. Con sus sesenta y cinco años bien conservados y después de veinticinco años de sesiones ininterrumpidas, se creía con el derecho de poder excederse en los límites que marcaba nuestra relación médica-paciente. Y yo, que tenía proporcionalmente tan poca paciencia como mucho carácter, siempre entraba en su juego y saltaba ante sus comentarios condenatorios. «Joder —juraba para mí—, ya me ha vuelto a sacar de mis casillas».

Le tenía aprecio, ya eran muchos años abriéndome a ella y a su mirada serena de ojos oscuros y cejas pobladas. Aun así, la confianza que tenía con Mar no era ganada, sino consecuencia de la necesidad imperiosa de estabilizar mis emociones y sentirme, por fin, una mujer normal. Con rarezas, pero normal.

—¡Hombre! Si está aquí la Mujer de Hierro —cómo me jodía que me llamara así. Pero no quería empezar la sesión ya de mala hostia, así que decidí seguirle el rollo.

—No por gusto, está claro. A ver si tu gran sabiduría me ilumina por una vez.

—Sorpréndeme, querida.

Por dónde empezar. Tenía muchas tablas en esto de contar todo lo que se me pasaba por la cabeza, pero esta vez era diferente. Por primera vez, mi padre iba a protagonizar la terapia desde el desconcierto y no desde el orgullo. Y eso no sabía cómo encajarlo. Mi pilar, mi mayor y único tesoro, mi familia. Hoy iba a abrir una veda que jamás pensé que ocurriría. Cogí aire.

—Ayer por la tarde estuve en el Centro Psiquiátrico San Cristóbal.

—Vaya —Mar me interrumpió sorprendida—, ¿y ese gran paso a qué se debe?

—No te confundas, marisabidilla. Fui a por el Citalopram porque no me quedaba otra.

—Bueno, algo es algo.

Sus ojos estaban fijos en mis labios para no perderse ni un solo sonido que le demostrara que estaba haciendo progresos sobre mi traumático pasado. Lo hacía mucho —lo de fijarse en mis labios, digo—. Supongo que la edad no perdona ni aunque seas una psicóloga reconocidísima. Su mirada siempre se movía arriba y abajo, de mis ojos a mi boca, para oír y entender todo lo que le decía, como cuando estás en una discoteca con la música a todo volumen y te esfuerzas por seguir una conversación larga y profunda, que no viene a cuento, con el mítico *chapas* de la vida. Por fin cogí carrerilla y le conté con todo lujo de detalles lo que había ocurrido en el despacho de la enfermera García y cómo me hacía sentir aquello.

—Pensaba que confiabas ciegamente en tu padre. ¿Qué ha cambiado para que ni siquiera te atrevas a pedirle una explicación?

—Dímelo tú, que eres la experta —no era la respuesta que esperaba de su parte. Me hacía sentir peor, como si mi preocupación no tuviera ninguna razón de ser.

—Daniela, así no funciona. Ya lo sabes. Si no eres sincera contigo misma y con tus sentimientos, vas a irte de la consulta como has entrado.

—Vamos, como la mayoría de veces —esta vez me había pasado—. Perdona, es que me da mucha rabia. Me ha costado años

y mal humor hacer frente a lo que pasó y escuchar de mi padre la verdad para que ahora, con treinta y tres años que tengo, una pieza no encaje. No tiene ningún sentido, joder.

—Pues búscaselo. Pregúntale a tu padre, despeja la duda que te atormenta. Comunicación, Daniela. Comunicación y confianza. Las dos claves para encontrar el equilibrio emocional.

\*\*\*

Aquella noche, mientras intentaba sacar la poca creatividad que tenía para preparar una cena lo suficientemente apetitosa con tan solo un tomate, media zanahoria y una hamburguesa de espinacas que no sabía ni por qué estaba en mi frigorífico, no paraba de darle vueltas a la conversación con la doctora Jiménez. Me negaba a aceptar que algo tan poco significativo como una ficha médica inexistente pudiera hacer tambalear mi mundo. Estaba decidida a actuar de forma coherente —lo que tenía que haber hecho desde el principio— y a hablar del asunto con mi padre como la persona adulta y madura que era. O que intentaba ser. El día siguiente era sábado. Solo tenía que esperar un día y medio para salir de dudas y seguir con mi desastrosa vida.

\*\*\*

El domingo me levanté con la sensación de que, en los últimos días, me había comportado como una paranoica niñata. ¿Y qué si mi padre me había mentado? Cuando mi madre murió tenía ocho años. Demasiado duro para una niña aceptarlo. Demasiado duro para un padre tener que aparentar estabilidad y fortaleza por su hija. Claro que ese mediodía lo quería hablar con él —no estaba dispuesta a aguantar a Mar repitiendo eso de que la comunicación salva vidas atormentadas como la mía—. Pero ahora, viéndolo con la perspectiva que te da el paso de los días, sabía que su explicación solo me confirmaría que tenía a mi lado un padre extraordinario.

Salí de casa con el tiempo suficiente para coger la *villavesa* —o autobús urbano para el resto de la humanidad. En Pamplona nos gustaba llamar a las cosas a nuestro modo. Así de chulos éramos—, y poder caminar un rato hasta casa de mi padre. El trayecto en villavesa no era muy largo, unas seis paradas hasta la avenida Pío XII, desde donde me acercaría a mi destino dando un rodeo por el parque Yamaguchi. Ese parque japonés siempre me había cautivado. Su estética, que te trasladaba al país asiático nada más pisar uno de sus múltiples caminos de piedra, me daba siempre mucha tranquilidad, mucha paz. Solía disfrutar visitándolo los domingos soleados por la mañana, cuando su paisaje verde se convertía en el escenario de familias con niños pequeños correteando entre los senderos y de parejas adolescentes que se reencontraban siempre en el mismo banco del lago después de todo un fin de semana sin verse.

Después de unos minutos paseando entre sauces llorones, dirigí mis pasos hacia uno de los caminos que conducían a la salida del parque y entonces vi una imagen que enterneció hasta esa alma congelada de la que solía hacer gala. Un padre ya anciano, de pelo gris perla y andares torpes, paseaba agarrado del brazo de su hija con un rostro desencajado por la felicidad más absoluta. La mujer, que miraba al frente y mantenía un monólogo a saber sobre qué, no se percataba de que su progenitor la miraba embelesado con ese orgullo que infla el pecho de cualquier padre. Y me sentí fatal. Porque así sentía yo la mirada del mío cuando nos veíamos cada domingo. Porque, a pesar de no haberle dado más que problemas, él seguía mostrándose orgulloso por mis progresos, por mi mediocre trabajo, por cada mínima novedad que le contaba únicamente para mantener viva la conversación y no caer en silencios incómodos. «Tonta, tonta, tonta. Para que veas, Dani, que tu conciencia es más empática de lo que tú serás jamás».

\*\*\*

—Hola, pequeña. Tienes cara de no haber dormido nada. ¿Todo bien? —siempre me pillaba cuando me pasaba algo, aunque intentara obligar a mi cuerpo a que aparentase normalidad.

—Demasiada cafeína por trabajar hasta tarde. Nada que no solucione una buena siesta. ¿Qué tal, papá? ¿La semana, bien?

Mientras terminaba de preparar el cordero al chilindrón —tan típico de allí y una de sus grandes especialidades culinarias— me contó con todo lujo de detalles los recados que le habían mantenido ocupado. Que si la vecina había pasado dos veces por casa esa semana para pedirle sal y había terminado por regalarle el salero entero para que no volviera a molestarle y ya de paso quitársela de las comidas, porque había leído que con su edad era mejor no abusar. Y que había intentado volver a su rutina de ejercicio de cuando era foral —llevaba quince años jubilado— y que tuvo que parar antes de terminar la primera vuelta del flato que le había entrado al correr.

—Estoy para el arrastre, Dani. Yo que pensaba que después de cuarenta años en plena forma no me costaría recuperarme y mírame. Destruído a los diez minutos.

Yo estaba relajada y disfrutando de su compañía. Aquella casa solía transformar mi mal humor en melancolía y bonitos recuerdos familiares. Todo estaba como siempre, lo que hizo que me inundase una profunda tranquilidad en que nada cambiaría entre padre e hija, y me lancé.

—El otro día me pasó algo muy curioso —empecé quitándole hierro al asunto—. Amaia, mi farmacéutica, te acuerdas de ella, ¿verdad?, me mandó al psiquiátrico San Cristóbal a por mis pastillas porque a ella no le quedaban. Conocía a una enfermera que me sacó el Citalopram de extranjis. Muy maja, la chica.

Mi padre seguía la historia interesado, no le gustaba interrumpirme con preguntas o comentarios hasta que terminaba de hablar, lo que me envalentonó para continuar mi relato.

—Pues bien. Ya que me había atrevido a entrar allí, ya sabes el respeto que le tengo a ese sitio, aproveché para preguntarle a la enfermera si por casualidad conoció a mamá.

Obviamente le mentí. No podía decirle que había husmeado ilegalmente en su base de datos. Pero antes de que acabara la historia, vi que el semblante tranquilo de mi padre se removió. Fue una sensación rara, como si una minidescarga le hubiera atravesado la médula. Proseguí.

—¿Te puedes creer que no recordaba a ninguna Marta Salas? —ya no había vuelta atrás. En breve conocería la verdad—. Y eso que me reveló que llevaba trabajando toda su vida allí, desde los veinte años.

Noté como mi padre me miró a los ojos con duda durante unas milésimas de segundo antes de responder. ¿O era miedo?

—Normal que no se acuerde de ella, Dani. Piensa en todas las personas que habrán pasado por allí con el mismo problema que mamá —hablaba despacio, mostrando serenidad, pero algo en su tono no me encajaba—. Además, acuérdate de que estuvo muy poco ingresada. Se recuperó pronto.

—¿Un año te parece poco tiempo?

—A ver, hija —vaciló antes de proseguir—, ya me entiendes. Lo que digo es que recordar a una enferma de hace más de veinte años es complicado. ¿Por qué te pones así?

No pude contenerme y subí el tono. Esa conversación inocente ya no era tal.

—¿Hay algo que no me hayas contado, papá? Porque, si es así, lo encajaré. Pero no me mientas a la cara, te lo pido. No con esto.

—¡Lo que me faltaba por oír! —esa vez sería la primera que vería a mi padre así. Se levantó de la mesa con la cara roja de furia después de dar un manotazo en la mesa del comedor—. ¿Acaso tienes algún derecho a remover el pasado? Yo fui el que cuidó de tu madre cuando peor estaba. Yo fui el que perdió a su mujer demasiado joven. Yo fui el que te lo dio todo y te sacó adelante solo. ¿Y ahora vienes a mi casa a recriminarme que una enfermera que conoces de diez minutos no se acuerda de tu madre y que por eso te he mentado? Suficiente por hoy, Daniela. Tengamos el domingo tranquilo.

Me dejó KO. En ninguna de mis anteriores hipótesis sobre lo que sucedería cuando sacara el tema me imaginé que terminaríamos así. Aquella conversación nos enmudeció durante el resto de la tarde. A él, por disgusto. A mí, de frustración. No había sacado nada en claro sobre si mi madre estuvo o no en aquel centro ingresada. Desde luego, lo que ahora sí sabía era que algo de lo que ocurrió entonces seguía atormentando a mi padre. Y pronto llegaría el momento de entender cuánto.